

Psicología de los marginados

José Cueli y Marcia Morales

En la experiencia de la marginalidad todo pareciera situarse en el margen, al margen, en las fronteras, en el exilio, en el silencio, en la exclusión, en la tierra de nadie, en el desarraigo, en la no pertenencia, en la fragmentación. Inframundo donde los fantasmas danzan en incesante carrusel de escenas grotescas fantaseadas y reales, donde la angustia es el afecto predominante, donde la muerte, las pérdidas y los duelos no dan tregua, allí donde la falta de lenguaje condena al sujeto al grito y al silencio. Individuos que han sido violentamente silenciados y que, por añadidura, silenciarán a los suyos en forma violenta. Grito acompañado de ecos terroríficos cuyo origen, sin origen, emerge de la oquedad, del vacío, de la disonancia. Mascarada de dolor y desencuentro, escenario del terror sin nombre. Duelos negros, muy negros...

Con esta breve introducción que describe, hasta donde las limitaciones del lenguaje pueden dar cuenta de ello, la experiencia de la marginalidad, queremos dar paso a algunas reflexiones en torno a nuestras investigaciones (que algunas datan ya de aproximadamente treinta años) con sujetos marginales.

El modelo de psicocomunidad surgió como un intento de dar respuesta adecuada a la crisis social urbana, planteado en ese momento, como la posibilidad de aplicar el método psicoanalítico, mediante una extrapolación analógica, a grandes

grupos de personas, en particular a los marginados. Los objetivos del modelo eran dos: uno el de diagnóstico y el otro terapéutico. En 1979 se planteó un tercer objetivo: el de rehabilitación, que pretendía desarrollar y/o recuperar las funciones físicas, psicológicas, sociales y vocacionales de los miembros de la comunidad, con el propósito de incorporarlos al trabajo productivo y a las instituciones sociales. El método de psicocomunidad se propuso para ser utilizado en un contexto temporo-espacial de comunidades marginadas (constituidas por campesinos emigrados del campo a la ciudad), sujetas a estudio y a posibles influencias que pudieran modificarlas, según ciertos límites de tiempo y de una manera determinada.

En un inicio el marco teórico referencial se basó fundamentalmente en Rappaport y los modelos de la psicología del yo. Con posterioridad, estos modelos explicativos fueron abandonados enfocando la comprensión de la problemática a la luz de una lectura profunda de los textos freudianos, del psicoanálisis contemporáneo (en su vertiente francesa), de la lingüística y la filosofía actuales.

Las observaciones clínicas realizadas a partir de psicocomunidad (aplicado en zonas marginales de Ciudad Nezahualcóyotl, Nueva Chimalhuacán y Chalco inicialmente, y luego extendido a otras comunidades) permitió profundizar en el estudio de la marginación, que se concibió como

Las fotografías que acompañan el texto son de Irais Ruiz.



categoría, proceso y síndrome. La marginación como síndrome tiene múltiples causas, pero una sintomatología común. Estrés y neurosis traumática son dos conceptos claves, que desde la psicopatología, permiten explicar el comportamiento de los marginados urbanos. Si bien al inicio de nuestras investigaciones estos grupos de individuos se circunscribían a los cinturones de miseria periféricos a la ciudad, en los últimos veinticinco años, el incremento de la pobreza ha crecido de forma alarmante y desorbitada y ahora se ven infiltrados en el corazón de la ciudad misma. Falta palabras para describir lo que ha sido la dramática involución de la economía de nuestro país, azotada bajo las garras del fantasma del neoliberalismo, la corrupción, la violencia sin límite, la descomposición social y la ingobernabilidad reinante en el pasado fin de milenio. Todo ello, más los desastres naturales de los últimos tiempos ha agravado la preocupante y crítica situación que vivimos en la actualidad, caracterizada por sectores cada vez más numerosos de grupos en extrema pobreza (más de cuarenta millones de mexicanos), altísimos índices de desempleo, así como estados de crisis en todos los ámbitos (económico, político y social), violencia y muerte; todo ello en medio de una enrarecida atmósfera donde lo que respiramos es depresión y desconfianza que raya en la paranoia, la confusión y la desesperación. El vacío y la desesperanza amenazan en dos frentes: pérdidas internas inelaborables (neurosis traumáticas) a las que se agregan las pérdidas y amenazas externas que cotidianamente vivimos

en la grave recesión en que nos encontramos en estos momentos.

Vayamos ahora al tema del niño en la experiencia de la marginalidad. A manera de introducción quisiéramos mencionar algunas cifras estadísticas, ya alarmantes, que datan del último censo del año 2000: 101 millones de mexicanos, 47% menores de 18 años de los cuales más de la mitad viven en condiciones de extrema pobreza. Infantes viviendo en condiciones precarias. En términos absolutos el mayor número de pobres se ubica en las zonas urbanas. De los treinta y un estados de la República, quince concentrados en condiciones de marginalidad alta y muy alta. Cuatro de cada diez niños (en una región del Estado de México) no asisten a la escuela ni saben leer ni escribir. En una región huichol del estado de Jalisco 83 infantes de cada mil no sobrevivirán el primer año de vida. En la zona pacífico-sur de Chiapas 86% de la población menor de tres años presenta signos de desnutrición avanzada. Estadísticas que en los próximos años seguramente se habrán incrementado poderosamente.

Las carencias de estos niños inician desde la vida intrauterina: escaso aporte de nutrientes, deficiente o nula vigilancia perinatal y condiciones precarias de atención transparto, sumándose la alta incidencia de distocias con complicaciones perinatales.

Esto en el plano biológico, pero, ¿cómo se da la estructuración psíquica de estos individuos? Estos menores son herederos directos de las neurosis traumáticas de sus progenitores, portadores a su vez, de traumas psíquicos de difícil elabora-

En la experiencia de la marginalidad todo pareciera situarse en el margen, al margen, en las fronteras, en el exilio, en el silencio, en la exclusión, en la tierra de nadie, en el desarraigo, en la no pertenencia, en la fragmentación. Inframundo donde los fantasmas danzan en incesante carrusel de escenas grotescas fantaseadas y reales, donde la angustia es el afecto predominante, donde la muerte, las pérdidas y los duelos no dan tregua, allí donde la falta de lenguaje condena al sujeto al grito y al silencio.

ción, una herencia de duelos, pérdidas y abandonos. Trauma por sumación, ya que cuando la intensidad de las pérdidas sobrepasa o desborda al yo, y además aparecen nuevos estímulos que desorganizan aún más al aparato psíquico, la intensidad y magnitud del trauma se intensifica.

Pasemos a describir el entorno. Los progenitores se encuentran inmersos en un mundo anárquico, sin posibilidades de agrupamiento, carentes de los satisfactores más elementales, en condiciones permanentes de estrés y rodeados por una simbología que para ellos carece de significado. El hacinamiento, la desorganización (tanto interna como externa) y los elevados niveles de ruido configuran una compleja estructura de figura-fondo auditiva que distorsiona y limita aún más las posibilidades de comunicación. La falta de privacidad elemental y la promiscuidad incrementan los niveles de ansiedad condicionando brotes de violencia. La muerte, en los grupos marginados no es un fantasma, es una realidad patente tanto por las precarias condiciones de salud y las escasas posibilidades de acceso a servicios médicos como por los elevados niveles de violencia que se viven en dichas poblaciones.

Los sujetos exhiben labilidad emocional, pobre control de impulsos, estallidos de cólera, encontrándose en "actuación" permanente, funcionando a nivel de proceso primario, sin capacidad reflexiva ni de demora; inundando con dobles mensajes a su progenie. Alcoholismo y promiscuidad sexual son ingredientes habituales. Angustia, irritabilidad y violencia son características definitorias de este tipo de familias. No menos frecuentes son la evitación fóbica y la "anestesia" psíquica. La depresión y los sentimientos de culpa hacen surgir autorreproches e intentos suicidas.

La sexualidad para ellos es un mero contacto físico, con muy poco o nada de relación, tornán-

dose en un juego de rechazo y violencia, con incapacidad total para las manifestaciones de ternura, muy distante de una verdadera unión con expresiones de genitalidad adulta y, menos aún, de una vinculación amorosa basada en la apreciación y valorización del otro.

El desarrollo cognoscitivo de estas condiciones es muy limitado y para ello hay varias razones. Las condiciones transgeneracionales de desnutrición afectan la adquisición de requisitos básicos para el aprendizaje, por otra parte las escasas oportunidades de una adecuada estimulación medio-ambiental y la disminuida capacidad de respuesta del mundo exterior agravan más aún la situación. Las fallas de simbolización características del sujeto marginal frenan de manera importante el desarrollo cognoscitivo.

Al nacer, el bebé ya trae a cuestas las carencias biológicas y sociales mencionadas. Crece en el tugurio, en ausencia de figura paterna o en presencia de un padre violento y una madre fijada a su propia neurosis traumática, a un duelo patológico que se perpetúa una y otra vez y que se ve incrementado con el nacimiento de los hijos. Madres solteras en una gran mayoría, inmersas en su propia depresión, con fallas severas en los procesos de simbolización y sin capacidades de elaboración. Ante tales circunstancias los niños con secuelas traumáticas de esta índole tratarán de expresar su rabia y desesperación mediante la agresión y los ataques a nuevos objetos en una constatación de que volverán a perderlos, de que serán castigados por su propia agresión, instalados en la compulsión a la repetición, tras la que se adivina la energía no ligada, la pulsión de muerte. La energía de la libido se fija al recuerdo o recuerdos traumáticos alterando el aparato perceptivo, instalándose en la repetición com-

Individuos que han sido violentamente silenciados y que, por añadidura, silenciarán a los suyos en forma violenta. Grito acompañado de ecos terroríficos cuyo origen, sin origen, emerge de la oquedad, del vacío, de la disonancia. Mascarada de dolor y desencuentro, escenario del terror sin nombre. Duelos negros, muy negros...



pulsiva ante pérdidas que desbordan la posibilidad de ejecución.

El fenómeno de la marginalidad es extensivo a todo el orbe y se incrementa en cifras alarmantes y a un ritmo vertiginoso. En cifras reportadas por la ONU (septiembre, 00) 300 mil menores de quince años, provenientes de hogares marginales, luchan en las guerras. Hoy en día, la edad de reclutamiento ha bajado a diez años de edad. Han sido reclutados más de dos millones de niños soldados en los últimos treinta años. Es decir, en la actualidad hay 300 mil niños soldados en cuarenta países. Escalofriante resultó el relato de Vargas Llosa en días recientes acerca de los sicarios en la localidad de Sabaneta en Medellín. Adolescentes cuyo rito iniciático (para medir su “sangre fría”) consiste en matar a un pariente cercano, pero eso sí, no sin la bendición de María Auxiliadora, Virgen de los sicarios.

Recientemente veintitrés personalidades de América Latina se pronunciaron en un manifiesto a favor de la infancia ya que, de 190 millones de menores en América Latina, 50% viven en condiciones de extrema pobreza y cada año fallecen 500 mil menores a causa de enfermedades que se pueden prevenir.

Por otra parte, ante el hecho cada vez más extendido de movimientos migratorios masivos hacia Europa se celebró el mes de octubre de 2001 el Consejo Europeo Extraordinario en Tampere con el objeto de fijar las líneas estratégicas de la política europea sobre la emigración y asilo con un doble criterio general: el reforzamiento de los controles en las fronteras exteriores de la Unión y la creación de un sistema único de asilo, pero el asunto tiene sus bemoles, y éstos radican en el aspecto de las contraprestaciones. Interesante parece la propuesta lanzada a favor de una Coordinación Campesina Europea que pretende agrupar a sesenta y nueve organizaciones de treinta y siete países en un intento de contraponer una cadena de productores-ecologistas- consumidores frente al productivismo depredador.

Pero, ¿permitirá la política de la globalización, asentada en el discurso logofonocéntrico semejantes propuestas? El fenómeno de la globalización mundial nos confronta retos y riesgos que son motivo de múltiples especulaciones. Ante la excesiva desaparición de los límites y fronteras, aparece la amenaza de dilución de los elementos compartidos de identidad y pertenencia a la

sociedad con el consiguiente debilitamiento del lazo social. Aparecen entonces fenómenos tales como los nacionalismos extremos, el retorno a prácticas religiosas y la adhesión a determinados cultos y sectas, que bien pudieran ser interpretados como maniobras defensivas en un intento de restablecer el sentimiento y la ilusión de gregarización. Fenómenos que Régis Debray interpreta como la tribalización de los sujetos en respuestas a la globalización de los objetos, vivida como amenazante para la identidad.

Ante tales circunstancias, de cara al principio de milenio, sería conveniente recordar las palabras de Walter Benjamin, quien defendía la necesidad del recuerdo histórico de los vencidos y reventados de la historia, memoria necesaria para acceder a una vida cabalmente humana. Asimismo, nos advirtió que la historia concebida como un decurso unitario es una representación del pasado construida por los grupos sociales y clases dominantes. Vattimo, en sus reflexiones en torno al fenómeno de la posmodernidad, señala que hacia este fin de siglo,

con el advenimiento de la posmodernidad y el avance en los medios de comunicación parece haber desaparecido la idea de una racionalidad central de la historia, el mundo de la comunicación generalizada estalla como una multiplicidad de racionalidades locales —minorías étnicas, sexuales, religiosas, culturales o estéticas—, que toman la palabra y dejan de ser finalmente acallados y reprimidos por la idea de que sólo existe una forma de humanidad verdadera digna de realizarse, con menoscabo de todas las peculiaridades, de todas las individualidades limitadas, efímeras, contingentes...

La liberación de las diversidades es un acto por el cual “toman la palabra”, se presentan, es decir, se “ponen en forma” de manera que pueden hacerse reconocer; algo totalmente diferente de una manifestación irracional de la espontaneidad. Cien años antes de Cristo, en Siria, Meleagro de Gádara escribió:

¡Oh tú, que te crees extranjero por aquello mismo que nos hace compatriotas, pero que ignoras lo verdaderamente extraño y foráneo de tu condición, que es lo que nos convierte en hermanos! La única patria, extranjero, es el mundo en que vivimos; un único caos produjo a todos lo mortales. ☪